TERCERA CHARLA
Escucha interior: afrontando la desolación.

En esta tercera sesión entramos ya en los criterios que San Ignacio nos va a ir dando para esa escucha, para sentir mociones, decires que en el ánima se causan. Esa escucha del paso del Señor por nuestro vivir personal y comunitario. Y es que sin acción de gracias no hay discernimiento, ya que es esa dimensión de agradecer la que me permite reconocer el reverso. Sólo cuando vivo con un corazón agradecido caigo en la cuenta de..., Toni, te estás obsesionando demasiado por el tener..., te estás obsesionando por la imagen que das. Eso sólo lo podemos percibir bien desde el don. Por eso el examen es la llave, y es parte del camino.

A veces nos puede entrar el agobio del practicismo. En una ocasión hablando de esto me vino y buen hombre y me dijo: Toni esto que has dicho de la acción de gracias y del examen es muy interesante; ¿dónde podría hacer yo un buen cursillo sobre el examen para...,? Y le respondí: no te gastes un euro. Un rato que estés tranquilo, puede ser cada día, un día a la semana, te sientas, te serenas y vas poniendo delante del Señor tu memoria afectiva. Vuelves a pasar delante del Señor las personas y situaciones que tú no puedes nunca dejar de agradecer. Y en el momento en que eso lo haces, verás como también emergen aquellas dimensiones que tienes que cuidar un poquito. ¡Cuidado! que estoy demasiado centrado en mí mismo esta temporada..., ¡cuidado! que estoy cayendo en dinámicas agresivas...,

Es un camino de vida y ahora San Ignacio que es un hombre lúcido, un hombre de mundo, con una espiritualidad para el mundo, San Ignacio sabe -no me refiero a acumulación de conocimientos sino a sabiduría- que es verdad que vivimos en el ámbito del Señor, pero en un mundo muy roto, muy desquiciado. Hablando cristianamente un mundo, no sólo de gracia sino también de pecado. Por ello no es el mejor de los mundos posibles; y este mundo real también pasa por mi corazón y, por eso, todos vivimos realidades personales y ambientales desoladoras.

San Ignacio sabe y pasó por experiencias de desolación. Y nosotros también sabemos que a veces, vivimos situaciones desoladoras. Desolación es una expresión muy de San Ignacio. Vivimos situaciones de desespero, de falta de esperanza, de angustias, de ganas de mandar todo a paseo. Nos entran dudas de si vale la pena nuestro compromiso cristiano..., y mi tendencia es perder fuerzas y energías y me cuestiono... A esto San Ignacio lo llama desolación, y la verdad es que vivimos realidades no sólo personales, también ambientales desoladoras.

Aquí todos somos adultos. Puede haber situaciones en que objetivamente mi familia, la comunidad, el contexto en el que me muevo

esté viviendo dinámicas esperanzadas y yo estar pasando un momento de desasosiego, de tristezas..., y al revés, a veces puedo vivir situaciones que son desoladoras y yo me encuentro con ánimo y con fortaleza. Pero San Ignacio sabe que este mundo, dónde no se ha revelado plenamente qué es ser hijos de Dios, que aún seguimos deseando llegar a esa patria en que habita la justicia, dónde no haya llanto ni lágrimas; siendo cómo de hecho somos peregrinos, a veces experimentamos la desolación.
También, a poco que nos serenemos, en otros momentos experimentamos de contrario, experimentamos el gozo de la amistad, la alegría de sentirnos queridos y la esperanza que conlleva compartir techo, pan y palabra. Vivimos por tanto, momentos de consolación. Y esta dinámica es la de la escucha que les decía. Esto es lo que San Ignacio nos dice: *conocer las mociones que en ánimo se causan.* Todos los maestros espirituales han realizado esta escucha de la interioridad. Es ese adiestrarse en la escucha interior, en los sentires y este doble movimiento lo experimentamos todos.

Ahora bien, aquí a lo que va San Ignacio es, a que no olvidemos los seguidores de Jesús, que cuando vivimos situaciones personales o ambientales de desolación, el Espíritu del Señor nos está diciendo algo. Porque la tentación en la desolación es entrar en dinámicas toxicas, dinámicas muy peligrosas de regodearse en la propia miseria, y eso sí que lleva realmente a situaciones sin salida. Este punto es clave. Es verdad que cuando hablo de desolación no estoy hablando de depresión. La depresión es enfermedad y merece todo cariño y tratamiento. Pero ¡cuidado! Las situaciones desoladas si no se encajan, nos pueden meter en caminos muy peligrosos: caer en dinámicas de autocompasión, alimentar músicas y discursos de muerte: yo no valgo, esto no pita, esto no vale la pena.

El mismo San Ignacio tuvo experiencias de este tipo. En la primera etapa de su conversión, tras su herida en Pamplona y su proceso de escucha interior en Loyola, Ignacio en este proceso tuvo incluso tentaciones de suicidio. Se veía sin salida, atrapado por la culpabilidad, por la tristeza, por la mala conciencia..., un discurso muy, muy de muerte. Y en cambio, Ignacio sabe ahora, que esos momentos de desolación, -¡atención a esto!- si nos instalamos en ellos son una trampa y una tentación.

Me duele ver en la Iglesia y en las comunidades hombres y mujeres que se han instalado en la desolación. Y esto es doloroso ¿eh? Instalarse en la desolación es quedarse de espectadores lamentándose y gesticulando de lo mal que está el mundo. ¡Qué es verdad que está mal!, pero todos sabemos que hay lamentos y gesticulaciones absolutamente inútiles. Aquí en Europa, a propósito de esto, yo soy muy duro porque es muy doloroso. A veces hombres y mujeres que lo tenemos todo, delante de buenos televisores de plasma, en buenas salas de estar, en la familia o en comunidad, a mesa puesta todos los días y lo único que se hace es

lamentarse de lo mal que está todo. Eso es cinismo. Eso es cinismo y discernir supone otra disposición. Yo sé que el mundo está mal, pero tengo gente a la que le tengo que decir: no me repitas cada día que el mundo está mal, yo ya lo sé, ¡no lo repitas cada día!

La disposición es: en esta realidad desolada ¿qué me está diciendo el Espíritu? ¡Qué es distinto! Y esto no comporta quitarle nada a la dureza de la realidad. Entonces San Ignacio nos da criterios -no recetas-. En el tiempo desolado ¿qué me está diciendo el Espíritu del Señor? ¿A qué me está invitando?

Pero antes de darnos criterios, San Ignacio nos dice tres cosas muy sabias de cómo poner de nuestra parte para salir de la desolación. Hace tres constataciones, que nos ayudan a comprender que en el tiempo desolado el Espíritu nos está diciendo algo. En el tiempo desolado, precisamente porque es verdad que, experimentamos la falta de esperanza, la tristeza, la tendencia al abandono, el sin-sentido... Lo dice de una manera que a mí me significa mucho: *como si el ánima estuviera separada de su Criador y Señor...* Esa sensación de soledad radical, de vacío que a veces experimentamos, Pues San Ignacio nos remite a tres causas:

La 1ª que nos dice es que *muchas veces venimos en desolación* (lo digo tal cual lo dice él y enseguida lo traduzco) *por ser tibios, perezosos y negligentes en nuestros ejercicios espirituales.* ¡Claro! Lo que les decía en la primera charla. En una espiritualidad dualista, tiendo a creer que ejercicio espiritual es ir a la Eucaristía, rezar el rosario o hacer una lectura piadosa. En la antropología ignaciana y bíblica ejercicio espiritual es todo. Para mí ejercicio espiritual es dar una charla, ir al mercado si tengo que hacer la comida para la comunidad, es todo, es todo... *En todo amar y servir...,* nos dirá Ignacio al final.

Pues ¿Qué está diciendo Ignacio? Que las perezas generan desolación. ¡Qué gran verdad! Mis perezas alimentan la desolación, mis omisiones, mis negligencias alimentan la desolación. Y esto tiene hoy una traducción cultural perfecta para mí.

Para mí el nombre de la pereza hoy, en la cultura mía cristiana en la que vivo, una cultura cada vez más postcristiana, de un cristianismo cada vez más irrelevante socialmente..., ¿cuál es la trampa? La trampa es caer, como suelo decir en: "total para..., total para"..., (y esto afecta a todos los estados de vida y a todas las dimensiones.) Total ¡para qué voy a preparar la catequesis si a los niños no les interesa y las familias no colaboran! Total ¡para qué voy a preparar la homilía de la Eucaristía del domingo, si sólo vienen dos docenas de viejitas a misa!... Total ¡para qué me voy a implicar en Cáritas de la parroquia, si eso lo único que hacemos es limosna y no cambia nada!... Total ¡para que me voy a implicar en la asociación de

vecinos o en el mundo sindical, si son unos pesetillas, si sólo buscan sus propios intereses!... Total ¡para qué voy a implicarme en el catecumenado, si los adolescentes hacen la catequesis de confirmación y después se van!...Total ¡para qué voy a estar un poquito al día en exégesis bíblica, si cada biblista dice lo que se le ocurre...! Total ¡para qué voy a estar un poquito al día en teología, si cada teólogo alucina...! ¡Esto es tremendo! ¡Esto es tremendo! ¿Por qué? Porque para mis perezas siempre tengo razones. Y ese "total para..., lo que enmascara son perezas e inhibiciones. Pero insisto, en buen discernimiento daos cuenta que siempre nos damos razones para la pereza: esto no interesa, no cambia nada, esto no incide, esto no va a ninguna parte, si esto es irrelevante... Repito ¡¡Esto es tremendo, pero es así!!

Por tanto examinemos, examinemos y no olvidemos que en la desolación el Espíritu nos está diciendo algo. Y..., ¡ojo a las dinámicas comunitarias!, porque siendo esto un asunto de sensibilidad personal, no nos dejemos arrastrar. Las perezas de mi hermano, de mi compañero, no justifican la mía. Eso es pura adolescencia espiritual. Por lo tanto, el tiempo desolado es un tiempo de conversión del corazón. Pero no de conversión en abstracto; ¡cuidado con las grandes palabras! sino decir Toni, ¿de qué te estás defendiendo? ¿de qué te estás excusando?

Aquí Ignacio da en el clavo, para mis perezas siempre tengo excusas, siempre racionalizo y al final acabamos lamentándonos delante de este mundo roto, añadiendo sufrimiento al sufrimiento de la gente. Añadiendo sufrimiento al sufrimiento con quejas y con lamentos absolutamente inoperantes.

La 2ª causa es la perspectiva por dónde el Espíritu nos va interpelando. ¡Cuidado! Porque en el tiempo desolado es cuando "ahí te quiero ver", en tus motivaciones en el seguimiento del Señor. San Ignacio dice de esta segunda causa literalmente: *por probarnos para cuánto somos y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza sin tanto estipendio de consolaciones y* crescidas *gracias.*

Cuando la realidad se presenta adversa y dura y ves que, en la familia las cosas no fluyen como deberían; que estás en la tarea educativa y te encuentras muchas resistencias en los muchachos; cuando experimentas el espesor de la realidad, ahí te quiero ver. Porque tú que estás en el seguimiento del Señor, ¿estás ahí para el servicio o estás para el reconocimiento y el aplauso? ¿qué intenciones me mueven en el seguimiento del Señor? Es lo que toda la vida hemos llamado purificar la intención. A mí ¿qué me mueve en el seguimiento, el servicio y la alabanza, o la búsqueda de consolaciones y reconocimientos? Tenemos que ser cristianos adultos observar que aquí hay algo que hoy culturalmente se nos

hace difícil. Hay mucha confusión de planos en según qué espiritualidades, y es que el criterio del seguimiento me lo marca la necesidad de las criaturas, no mi contento o descontento y esto es adultez cristiana. Yo no puedo establecer el seguimiento en función del gusto o disgusto, del reconocimiento o no reconocimiento.

Reflexionemos, esto no es apelar al voluntarismo. Es cuestión de sensibilidad y de disponibilidad, de adultez cristiana. Por supuesto que aquí hay una dimensión de abnegación, palabra que no me asusta. Puedo prescindir de la palabra penitencia pero no de la palabra abnegación.

La 3ª causa San Ignacio la dice de manera complicada, pero a mí me gusta traducirlo a un lenguaje cotidiano, que tiene que ver, de nuevo, con la acción de gracias. Y es que cuando vivimos una realidad desolada, ¡qué más me gustaría a mí que hacer "clic" y estar bien! Pero..., ¡no puedo! Yo la realidad no la puedo cambiar mágicamente.

Es en la desolación cuando tenemos conocimiento interno qué no está en nuestras manos traer la consolación. Por ello San Ignacio nos recuerda que ahí es dónde te das cuenta que cuando hay consolación es un regalo, es un don, por lo tanto no te descuides de dar gracias. Yo lo traduzco diciendo, el cristiano sabe dar gracias en la consolación y pedir fortaleza en la desolación.

Y el reverso es el criterio del estudiante: he aprobado/me han suspendido. Pues hay gente que en relación con el Señor se mueve en una eterna adolescencia. ¡Cómo no va a haber consolación en la comunidad si estamos aquí las perlas de la corona! Y no cómo la familia de neuróticos de la comunidad de más allá.

En la consolación tendemos a apropiarnos el don y en la desolación Ignacio nos ha dicho: atención a las motivaciones, a las intenciones. ¿Me mueve el servicio o...? Aquí hay que ser muy sinceros y limpios de corazón.

Y en esta tercera causa nos recuerda: no te descuides en dar gracias en la consolación y en pedir fortaleza en la desolación.